

Reflexión sobre el rol de los laicos en una iglesia de comunión desde el pensamiento de Jerome Hammer¹

A reflection on the role of the laity in a church of communion from the perspective of Jerome Hammer

Fr. LUIS EDUARDO QUIMUÑA NARVAEZ²
Universidad Santo Tomás

Resumen.

La reflexión sobre el papel que juegan los laicos en la vida de la Iglesia, ha sido una constante durante muchos siglos, llegando varios teólogos a dar sus más firmes opiniones para no descuidar tan valiosos agentes que con sus carismas ayudan a la Iglesia a seguir anunciando el Reino de Dios desde su vocación laical. En el marco de sus reflexiones se han encontrado con muchas dificultades para reconocer plenamente la misión del laico. Varias experiencias de laicos, que han sido muy bien formados en doctrina eclesial y que éstos se han presentado a sus parroquias para ofrecer su ayuda, han sido desechadas o sub estimadas, reduciendo su valiosa sabiduría y aporte a tareas básicas. Estas situaciones nos revelan la poca claridad en los pastores y fieles, acerca del papel tan fundamental que tienen ellos en la vida, misión y predicación de la Iglesia en sus diferentes contextos.

Desde esta perspectiva Jérôme Hamer subraya que todos los bautizados, en su diversidad de carismas, participan activamente en la vida eclesial. Y esta participación les ha valido a muchos de ellos como por ejemplo a Pier Giorgio Frassati, Carlo Acutis o Bartolo Longo quienes nos muestran que la santidad laical es camino auténtico y fecundo para la misión de la Iglesia en el mundo.

¹ Este documento es producto del proyecto de investigación titulado “Reflexión sobre el rol de los laicos en una iglesia de comunión desde el pensamiento de Jerome Hammer” realizado para optar al título de “Teólogo/Lic. en Teología” en la Universidad Santo Tomás. La asesoría y dirección estuvo a cargo del Dr. Camilo Alfonso López Saavedra.

² Fraile de la Viceprovincia Santa Catalina de Siena de los Dominicos en el Ecuador.

Palabras clave:

Laicos, misión, Iglesia, predicación.

Abstract

Reflection on the role of the laity in the life of the Church has been a constant throughout the centuries, with several theologians offering their firmest opinions to ensure that these valuable agents, who use their charisms to help the Church continue proclaiming the Kingdom of God from their lay vocation, are not neglected. In the course of their reflections, they have encountered many difficulties in fully recognizing the mission of the laity. Several experiences of lay people, who have been very well formed in Church doctrine and who have presented themselves to their parishes to offer their help, have been dismissed or undervalued, reducing their valuable wisdom and contribution to basic tasks. These situations reveal a lack of clarity among pastors and the faithful regarding the fundamental role they play in the life, mission, and preaching of the Church in its various contexts.

From this perspective, Jerome Hamer emphasizes that all the baptized, in their diverse charisms, actively participate in the life of the Church. And this participation has benefited many of them, such as Pier Giorgio Frassati, Carlo Acutis, or Bartolo Longo, who show us that lay holiness is an authentic and fruitful path for the mission of the Church in the world.

Keywords

Lay people, mission, Church, preaching.

1. Introducción

En todos los momentos de la vida de la Iglesia, la resonancia sobre la pregunta ¿Cuál es el rol fundamental que juegan los laicos en la misión de la Iglesia? ha sido siempre una constante. Desde el punto de vista Magisterio y desde la reflexión de varios teólogos, hemos encontrado grandes aportes que nos permiten discernir, cuidar, fomentar y ayudar a encontrar a los laicos esa luz, que les ayude a plenificar su vocación eclesial en este mundo.

Recuerdo la experiencia donde un profesor recién graduado como Mgs. en Teología nos compartió en el salón de clase diciendo: me he acercado a mi parroquia y me presente al párroco como Teólogo laico. Nuestro profesor buscaba poner en acción su teología prestando su servicio como teólogo; sin embargo, la respuesta del párroco fue: muchas gracias por la ayuda, pero ayúdame con las lecturas de la eucaristía, rechazando de este modo la valiosa y significativa ayuda que podía dar este recién graduado en la sacra doctrina en favor de la parroquia y de la Iglesia.

Estas situaciones donde el laico, el agente de pastoral o un fiel creyente no tenga clara su misión, su servicio, es lo que me hace preguntar, sobre el rol, papel o servicio que nuestros laicos puedan ayudar en el ejercicio de la predicación y misión evangelizadora de la Iglesia. Una parecida situación narraba Yves Congar (1963), recordando la anécdota del cardenal Gasquet, cuando un catecúmeno le preguntaba: ¿cuál es la posición del laico en la Iglesia?, y encontró una respuesta muy particular: ponerse de rodillas ante el altar, sentarse frente al pulpito y meter la mano en el porta monedas.

Parece que esa realidad manifestada años atrás, no ha cambiado mucho, minusvalorando la riqueza que nuestros laicos pueden aportar al servicio y misión de evangelización en la Iglesia.

En la vida práctica, los laicos parece que juegan un papel subordinado, donde muchas veces hemos opacado o apagado su luz, esa gran oportunidad de crecer en la vida espiritual y que con sus carismas nos hagan crecer y caminar como miembros de una misma Iglesia.

En nuestra Tradición Cristiana el ministerio del laicado ha tenido un lugar muy importante y significativo a lo largo de los siglos de la Historia Cristiana, especialmente con referencia a una Iglesia de Comunión. A partir de las palabras de Jesús: ser luz y sal del mundo, el laico desde su compromiso: de vivir

la centralidad de la Palabra de Dios, de celebrar y vivir la Eucaristía y ejerciendo su compromiso solidario y comunitario con el prójimo; hace que su participación y rol en la Iglesia sea algo dinámico, renovador y que contribuya más plenamente al desarrollo de su misión y su búsqueda de santidad en el mundo.

Jérôme Hamer resalta esa profunda conexión que existe entre la estructura de la Iglesia y la idea de comunión, donde todos los bautizados en su diversidad de carismas y funciones, están llamados a desarrollar ese papel tan especial, para que desde su misión puedan alabar y dar gloria a Dios. En este contexto, el laicado se presenta no solo como una categoría eclesiológica, sino como un estado de vida esencial dentro del Pueblo de Dios, ese estado de vida muy significativo queremos resaltar en estas pequeñas líneas.

El impulso que han dado las nuevas reflexiones sobre la misión de los laicos nos permite redescubrir, valorar y escribir una nueva historia del estado de vida laical. Tenemos grandes ejemplos de laicos que, desde su misión laical, han logrado santificarse, el cual es el propósito y proyecto de todo cristiano. Ejemplos recientes de canonización hemos vivido en el seno de la Iglesia, laicos como: un Pier Giorgio Frassatti, Acutis, Bartolo Longo, entre otros. Laicos que desde generosa entrega al amor divino y caridad de vida, han contemplado la gracia santificante de Dios, enseñándonos que desde las cosas pequeñas y cotidianas uno puede elevar nuestra alma a Dios y alcanzar el verdadero propósito de nuestra misión.

2. Desarrollo

El Estado de Vida de los Laicos

Hoy por hoy, sin duda alguna, el papa Francisco ha sido el gran animador para que los laicos asuman y renueven su tarea apostólica. En la Evangelii Gaudium, el papa Francisco decía que, si los laicos salen de las iglesias, difunden la luminosa fuerza del Evangelio, construirán puentes que nos permitan vernos como hermanos y verdaderos hijos de Dios (cf. EG 20). Puentes que nos lleven a participar de esa verdadera Cabeza y unidad de la Iglesia, donde todos somos hermanos los unos de los otros.

Los laicos por su bautismo participan de la misión de la Iglesia, pero más que nada desde su cotidianidad en lo terrenal y espiritual, es decir, desde su vida común y sencilla, pero además, con su

testimonio y oración fortalecen la comunión con Dios y la de los demás miembros de la Iglesia. Su experiencia con Dios como laicos, fortalece las dimensiones de una Iglesia mística, operante y caritativa.

El término “laico” que aparece en el capítulo siete del libro “La Iglesia es una comunión de Jerome Hamer afirmado que: en tanto que los términos fiel, cristiano, bautizado evocan la pertenencia al pueblo de Dios, el termino laico evoca una distinción, en el interior de este pueblo” (Hamer, 1965, p. 138). Los laicos dentro de la Iglesia, tienen una distinción, un lugar fundamental, no como meros espectadores, sino como verdaderos agentes y portadores de luz y de esperanza.

El numeral 897 del Catecismo define a los laicos como:

Todos los fieles cristianos, excepto los miembros del orden sagrado y del estado religioso reconocido en la Iglesia, son llamados laicos. Es decir, los fieles que, incorporados a Cristo por el bautismo, constituidos en el Pueblo de Dios y hechos partícipes, a su modo, de la función sacerdotal, profética y real de Cristo, ejercen, por su parte, la misión de todo el pueblo cristiano en la Iglesia y en el mundo. (CEC, 897)

Esta definición subraya que los laicos son parte esencial del Pueblo de Dios, y del cuerpo místico de la Iglesia, incorporados a Cristo por el bautismo. La identidad del laico está plenamente integrada en la Iglesia y a la misión de ella, como un miembro activo, además que éstos no tienen una vocación meramente pasiva o limitada, sino más bien, están llamados a ejercer la misión de la Iglesia, tanto en el ámbito eclesial como en el mundo. Su papel es tan importante que los convierte en testigos y agentes de transformación en el mundo.

La Lumen Gentium, ahondó en esta noción al decir que la Iglesia es “un pueblo reunido en la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo” (LG, 4). Esta definición integra el llamado que tienen todos los bautizados, considerados como hijos de un solo Padre, llamados a ser partícipes y miembros activos en la vida y misión de la Iglesia desde la Unidad. Somos miembros de un solo rebaño, tenemos un solo Pastor, y como miembros de un mismo redil, escuchando la voz de nuestro Pastor, estamos llamados a formar parte de una unidad santa, tal como lo podemos contemplar en la vida Trinitaria, donde el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, forman una única, indivisible y santa Trinidad.

Hamer nos recuerda que mientras los clérigos por su estado de vida asumen tareas y obligaciones propias de los ministros ordenados, el laico en cambio por su naturaleza, oficio y vocación tiene otras tareas que complementan, ayudan y fomentan la unidad de la Iglesia. A los laicos no podemos llamarles simplemente “no clérigos”, sino miembros activos del Cuerpo de Cristo, llamados a vivir y testimoniar el Evangelio en el mundo. Su vocación específica se desarrolló en los asuntos seculares y en organizarlos de acuerdo al designio divino y con los carismas, dones y virtudes que Dios nos ha regalado. Esta visión subraya la relevancia de la labor de los laicos en el cambio social y en fomentar los principios cristianos en todas las esferas de la vida diaria.

La comunidad de creyentes en Jesucristo está formada por todos sus miembros de manera indivisible desde sus inicios hasta la actualidad: tanto los ministros consagrados como los fieles laicos desempeñan un papel crucial en la difusión del mensaje de Jesús en todos los tiempos. Cada persona bautizada tiene la responsabilidad de contribuir a esta misión sagrada según su llamado y función específica dentro de la comunidad cristiana. Por eso, los creyentes comprometidos en esa vocación cristiana tienen la responsabilidad de guiar a cada individuo hacia la búsqueda de su vocación personal en cualquier ámbito de sus vidas: ya sea en su trabajo diario o en su profesión de vida.

Acertadamente Ramiro Pellitero comentando la obra de Yves Congar al afirmar que: “el apostolado de todos los bautizados es de extender el Reinado de Cristo a toda la tierra; hacer participar a todos los hombres de la redención y de la salvación” (1996, p. 341). Nuevamente se reafirma ese llamado para todos los bautizados, para aquellos que hemos recibido la gracia de Dios, nuestra misión es llevar el mensaje de Cristo a todos los rincones del mundo.

El Laico en el Terreno Temporal

Cabe decir que el laico ejerce sus funciones y su misión desde dos ejes: desde lo espiritual y desde lo temporal o terrenal. Por ello se distingue que mientras el clérigo es especialista de las tareas espirituales, el laico es especialista de las tareas del mundo en las cuales desarrolla su vida. La Iglesia dentro de sus estamentos pide a los clérigos alejarse de tareas que interfieran de su visión y misión eclesial, tareas como: cirugía, notariado, jurisprudencia, bienes, comercio, funciones administrativas y judiciales, diputados, servicio militar, participación de revoluciones y guerras civiles. La recomendación o

la intención de la Iglesia es que los clérigos se encarguen plenamente de la administración de los bienes espirituales y eclesiales, y en la medida de lo posible una menor participación del plano temporal y profano.

Es el laico quien estando en el mundo, pero sin dejarse envolver de los males del mundo, por su involucramiento en los bienes temporales se convertirá en ese instrumento eficaz, para proclamar desde esos sitios, el señorío de Jesucristo en el mundo. Los laicos se esforzarán desde sus modestas situaciones de vida a que se lleven a cabo el gobierno y designio de Dios, de modo que todo lo que proviene de Él, también tienda hacia Él.

Hamer nos recuerda: “el auténtico cristiano se entregará por entero y sin una oculta intención de proselitismo religioso a estas tareas de hombre y a esa ayuda mutua fraternal” (1965, p. 144). Desde su esfuerzo y su motivación de hacer presente el mensaje cristiano en su vida y en la vida de los demás, el laico cristiano le apostará al mundo dos elementos necesarios: curación y salvación. Elementos que habiéndolos contemplado en Cristo nuestro buen Pastor, sanaremos las heridas de quienes han sido lastimados por las injusticias, mal tratos, injurias, envidias, etc.

El Concilio Vaticano II destaca la relevancia del rol de los fieles laicos en el mundo al afirmar que “Los laicos buscan el reino de Dios al ocuparse de los asuntos temporales y orientarlos según la voluntad divina” (LG, 31). Esta declaración subraya que la labor terrenal de los laicos no está apartada de la misión de la Iglesia; más bien es parte esencial de esta. Al hacer la voluntad del Padre, van llevando esas semillas de paz, justicia y caridad y la plantan en el corazón de sus familias, de su trabajo o de sus oficios.

Desde esta perspectiva, el laico actúa como fermento en el mundo, transformándolo según los valores de la Buena Noticia que Cristo nos enseñó. La vida profesional, social y política se convierte en un lugar donde el cristiano laico puede dar testimonio de su fe. Como indica Santo Tomás, “toda obra virtuosa, en cuanto procede de la caridad, ordena al hombre a Dios” (II-II, q. 23, a. 7). Por tanto, las acciones de los laicos en el mundo tienen una dimensión trascendente, ya que son medios de santificación personal y de los demás.

Jérôme Hamer destaca que este apostolado no es un añadido opcional a la vida cristiana, sino una exigencia inherente a nuestro bautismo. Cuando los laicos se unen al Cuerpo de Cristo, se les encomienda

la misión de ser portadores del Evangelio en todas las áreas de sus vidas. Este compromiso no solo se expresa en palabras, sino también en actos tangibles que promuevan la equidad, la armonía y el respeto por la dignidad de cada ser humano.

El Laico en el Terreno Espiritual

Hamer subraya que los laicos son corresponsables en la tarea de edificar la Iglesia como comunidad de salvación, por tanto, somos llamados a ser instrumentos de la gracia en su entorno. Hammer se acerca aún más al verdadero llamado y sentido de apostolicidad que llevan en si los laicos: ser instrumentos de la gracia. Esta vocación espiritual se realiza en el marco de su autonomía laical, permitiendo que su fe trascienda las barreras del ámbito eclesial y transforme las realidades sociales y culturales del mundo.

En el terreno espiritual, en el campo de la vida teologal, Hamer se plantea las siguientes preguntas: ¿es la teología, normalmente un servicio de los laicos?, ¿es el laico tan apto como el clérigo para las actividades propiamente teológicas?, ¿cuáles son los ámbitos donde el laico pueda ejercer también su misión profética, pero desde el corazón de la Iglesia? Son las preguntas esenciales, que nos permiten abrir el campo de misión y fin de la misión a la que están llamados los laicos. No es una misión pasiva, sino una misión activa, donde la ayuda del Espíritu Santo con los dones y carismas, permiten que estos contribuyan al engrandecimiento de la vida eclesial.

Atendiendo a las preguntas que se hace Hamer, sobre la enseñanza de la Teología, hay que recordar que los primeros teólogos fueron laicos, ahí encontramos a: Justino, Orígenes, Clemente, Gilson, Maritain, Vignaux, entre otros. Aunque en el desarrollo de los acontecimientos históricos, la tarea de enseñanza de la Sacra Doctrina, fuera de encargo y oficio principalmente de los clérigos, esto no exime, que en el mundo encontremos laicos con sólida formación filosófica y teológica, capaces también de enseñar la Sagrada Doctrina. Es cierto también, que, aunque el laico no este familiarizado con ciertas funciones religiosas, los laicos aportan a la Teología una gran novedad: Iglesia y mundo. Los laicos en el desenvolviendo diario de sus vidas pueden hacer aportes muy significativos a la tarea de la reflexión teológica, guiados por las enseñanzas de la Sagrada Escritura y de la Iglesia, pueden aportar sabiamente

el anuncio de la Buena Noticia desde aquellos ámbitos donde la Iglesia a veces pierde la mirada y situación real de los miembros del cuerpo de Cristo.

Santo Tomás enseña que la vida espiritual se ordena al fin último del hombre: “la unión con Dios” (I-II, q. 1, a. 8). En este sentido el trabajo espiritual del laico se enfoca en promover esa conexión no solo en su vida privada sino también asistiendo al prójimo para que logre la santificación personal. La oración la meditación y principalmente la participación en la Eucaristía como culmen de la vida cristiana los laicos cultivan su vínculo con Dios y consolidan su vida para ser modelos de caridad en el mundo. De ahí, que otra tarea donde los laicos ejercen su misión y vocación cristiana es la catequesis, siendo otros Cristos que llevan y conducen el corazón de los creyentes a ese encuentro pleno con Dios.

Hacia una Iglesia de comunión

Yves Congar (1963, p. 405) nos recordaba la importancia de reconocer la Iglesia unida en el Espíritu Santo, reconociendo que esta dimensión de comunión según la cual las partes deben existir una por otra, ser solícitas mutuamente, cuidado de insertarse en el todo, de armonizarse según su ritmo y exigencias. Congar nos recuerda esa parte fundamental donde los fieles laicos y los ministros formamos un todo en Cristo, un solo pueblo, un solo rebaño, un solo Pastor. La idea de comunión nos permite valorar aun mas los dones y carismas que se suscita en la Iglesia y como diría San Pablo, como miembros vivos del Cuerpo de Cristo, que nos permite ponerle en común para seguir avivando el ministerio de la predicación y de la Buena noticia en la tierra.

La Palabra de Dios es la que marca el camino y el actuar del corazón de la Iglesia, por eso Pablo nos recordara aún más el mantener ese vínculo de comunión: amándose recíprocamente con ternura y caridad fraterna (Rom. 12,10). Esa es la invitación que nos recuerda el autor, que todas las acciones de los fieles, laicos y sacerdotes en cuanto participamos de la edificación de la Iglesia, nos lleva a una verdadera comunión, donde aprendamos a configurarnos con Cristo, reconociéndonos hijos del mismo Padre por el vínculo del amor.

Conclusiones

Una contribución de la reflexión del teólogo Hamer, acerca del laicado es su insistencia en la integración de las dimensiones terrenal y espiritual en el apostolado laico. Lejos de ser opuestas, estas dimensiones son complementarias y encuentran su unidad en la comunión de la Iglesia. El laico, como miembro del Cuerpo de Cristo, está llamado a santificar el mundo, llevando la luz del Evangelio a aquellos lugares donde la Iglesia a menudo no puede llegar

El Concilio Vaticano II resalta esta interacción al afirmar que “Por su propia naturaleza el ejercicio del apostolado necesita de diversas formas de colaboración entre los integrantes de la Iglesia” (Documento Apostolicam Actuositatem, 18). La cooperación entre fieles laicos y ministros no solo enriquece la vida de la Iglesia, sino que también fortalece la tarea compartida de proclamar el Reino de Dios. Se hace más patente el mandato lo que afirma el salmista “¡Oh, ¡qué bueno, ¡qué dulce habitar los hermanos todos juntos!” (Sal, 133).

Santo Tomás refuerza este concepto al afirmar que “el amor es la raíz de todas las virtudes”, lo cual sugiere que el amor debe ser el motor detrás de todas las acciones de un seguidor de Cristo. Nuestra vida debe dejar una huella muy profunda del Amor, en cada cosa y acción que realicemos en el mundo. La mejor predicación, la mejor evangelización es dar a los demás lo que hemos contemplado. Y que mejor darla con amor y caridad.

El apostolado laico no es una tarea secundaria; es una vocación esencial que refleja la naturaleza misma de la Iglesia como comunión. Como se expresa en Lumen Gentium: “El laico participa a su manera en la función sacerdotal y real de Cristo y profética”. Vivir esta vocación plena, permite que los laicos contribuyan al mundo y al Cuerpo de Cristo santificándolo, y mostrando así la gloria de Dios en todas las dimensiones de la vida humanan y en el mundo entero.

Referencias

Catecismo de la Iglesia Católica [CEC] (1997). Catecismo de la Iglesia Católica. Biblioteca de Autores Cristianos.

Concilio Vaticano II. (1964). Lumen Gentium [Constitución dogmática sobre la Iglesia]. Librería Editora.

Concilio Vaticano II. (1965). Dei Verbum [Constitución dogmática sobre la divina revelación]. Editrice Vaticana.

Yves Congar, Y. (1963). Jalones para una teología del laicado. Estela S.A.

Jerome Hamer, J. (1965). La iglesia es una comunión. Estela S.A.

Ramiro Pellitero, R. (1996). la Teología del Laicado en la obra de Yves Congar. Ediciones.